

# Ravenheart

José Carlos Somoza  
Sandra Andrés

**dNX**

*Toda religión, amigo mío, simplemente se desarrolló a partir del fraude, el miedo, la codicia, la imaginación y la poesía.*

Edgar Allan Poe.

*Vertero, Idaho, setenta y cinco años antes.*

Noche. Por todas partes. Muda, fría, muerta.

Pero huele.

Es lo único que le queda para saber que no está vivo: olerse a sí mismo.

Su descomposición, su retorno a lo animal, a la vida orgánica que lo forma. Este olor le hace saber que su momento ha llegado.

No ha dejado de percibir olores en todo este tiempo, pero es ahora, justamente, cuando el olor le hace reaccionar.

Lo impulsa.

Su mente destruída ignora el significado de esa palabra, “impulso”.

Pero sus dedos destrozados se mueven antes que su cerebro: no hacen nada que no puedan hacer unos dedos dirigidos por el maestro de todos los nervios, unos dedos que recibieran órdenes de la inteligencia. Solo se extienden en la oscuridad y el IMPULSO los hace avanzar. Palas excavadoras de cinco dientes cada una.

La dirección no importa y tampoco tiene sentido esa palabra. Lo único que importa es el IMPULSO.

Avanza, horada, penetra. Topos ciegos zombificados.

Cuando renace, el niño no llora: no se llora la segunda vez, nunca.

Se levanta tambaleante como si fuese parte de la tierra. Se yergue como un animal oscuro que evoluciona en fracciones de segundo. Una certeza despunta dentro de él: estaba muerto. Una pregunta lo inquieta: ¿volverá a estarlo?

A modo de respuesta, una grotesca figura, como hecha de trozos recortados de la noche, aletea y se posa en una rama cercana.

Parece responderle: NUNCA MÁS. Porque su corazón ya no es humano.

Y la boca del niño, sonriendo, esboza las primeras sílabas de su nueva vida.

—Ra-ven-heart.

## BIENVENIDOS A RAVENHEART

### 1

Eso decía el letrero. Se trataba de la misma clase de señal que marcaba los límites de todas las ciudades del estado de Maryland.

La madre de Faith detuvo el coche y apagó momentáneamente el motor en una especie de acto solemne.

—Bueno, hemos llegado.

Faith salió del vehículo y disparó una última instantánea con la cámara réflex que llevaba colgada del cuello.

Entonces se percató.

El aire había cambiado. Estaba segura de ello.

—Vamos, cariño, entra en el coche. Faith no respondió.

Percibía algo. Casi no se podía apreciar, y sin embargo...

—¿Faith? —preguntó su hermano desde el asiento trasero. Aguzó el oído y cerró los ojos.

Sí, era real; muy real.

A lo lejos, más allá de la señal de bienvenida del pueblo que sería su nuevo hogar, llegaba hasta ella, desprendido de la noche, un ruido... un ruido pulsante, rítmico...

### 2

—Es un pueblo, vale —les había dicho su madre—, no es la gran ciudad a la que estáis acostumbrados, pero vivir en un pueblo tiene ventajas...

¿Por ejemplo, vivir como hasta entonces pero con menos gente alrededor?, se preguntaba cínicamente Faith, que a sus quince años solía hacerse muchas preguntas a las que no daba respuesta, limitándose a hacer como con su cámara: un clic, un recuerdo para analizar luego.

Su madre había planteado aquella mudanza como si se tratara de un *gran plan*. El momento de mamá para los *grandes planes* era el desayuno, el comienzo del día, cuando mejor se sentía. Tras servir los Kellogs de chocolate a Henry, sus preferidos, y una cantidad más que aconsejable de humeante bacon para Faith y ella, se sentó frente a ellos con una sonrisa de oreja a oreja. Sonrisa de *gran plan*.

—Chicos, ya sabéis que las cosas no han ido bien últimamente en... en mi trabajo.

—¿Te van a echar para siempre? —preguntó Henry mientras gotas de leche le caían de la barbilla. Henry —se daba cuenta Faith— era muy directo con todas las desgracias que no comprendía.

—No exactamente.

Faith pensó: Sí exactamente.

—Me han dicho que... que me conviene un cambio de aires. Hay varios compañeros que pueden ocuparse de las intervenciones quirúrgicas por el momento.

—¿Eso fue por el hombre que se murió?

Silencio.

Faith se obligó a intervenir.

—Henry, seguro que mamá nos contará las cosas sin necesidad de que hagamos todas las preguntas tú.

—Mamá siempre dice que preguntemos lo que queramos.

Ambos la miraron. La madre de Faith los observaba con una sonrisa petrificada, la que reservaba, Faith sabía, para vecinos poco conocidos, familiares de pacientes molestos y autoridades. Es decir, una sonrisa para adultos. Mirar-

los a ellos con una sonrisa así la estremeció más de lo que suponía.

—Iba a decirlo, Henry... Sí, en parte... eh... A nadie le gusta que un paciente muera en la mesa de operaciones. Así que me han pedido que me tome un tiempo... Y, chicos, he pensado... Sí, me hacen un favor. Imaginaos quitarnos todo el ajeteo este de encima. Un pueblo. Pequeño. De hecho, muy pequeño.

—¿Cabremos? —dijo Henry interrumpiendo lo que Faith consideraba su desagradable ruido de sorber los restos de leche.

Tras una risa —demasiado aguda, se dijo Faith—, su madre dijo:

—Eso espero, cariño. Pero lo cierto es que hay un hospital cerca, también pequeño, y necesitan una cirujana. Dicen que reúno el perfil idóneo.

—¿Qué es “idóneo”?

“Perfecto”, dijo su madre, “Ideal”, dijo Faith. Henry estableció un pequeño resumen con ambas calificaciones:

—Es bueno, supongo.

—Ya lo creo que sí, cielo. Nos vamos. ¿Sabéis? A veces, las cosas en la vida hay que hacerlas así. Pum. Y ya está. No pensar demasiado. La oportunidad se presenta y... Ya está. Pum.

Esa clase de lenguaje sí lo entendía Henry, que asintió gravemente ante la muestra de sabiduría materna. Pero Faith tenía alguna pequeña objeción, y la dijo tal cual la pensaba. Pum.

—¿Se te olvida que es octubre, que he empezado el nuevo curso en el instituto y que aquí tengo a todas mis amigas? —A Faith se le había hecho una bola en la garganta. Sus amigas no eran muchas y no le importaban tanto, como tampoco le importaba sacar las mejores notas (podría hacerlo si se esforzase más) ni destacar en nada, y ni siquiera

había ido a la fiesta de fin de curso el año anterior. Además, le constaba que su madre buscaba otro lugar de trabajo. Pero... Pero aquella clase de *gran plan* improvisado, abandonar Baltimore, la ciudad donde habían nacido y crecido, de buenas a primeras, no le parecía tan “pum”.

—Faith, todo cambio es difícil al principio. Pero si no cambias, nunca sabrás lo que te pierdes.

—Si cambias por algo malo, sí sabrás lo que pierdes.

—Nunca lo sabrás si no cambias —apostilló su madre, terca y nerviosa.

—Seguro que otros hospitales de Baltimore pueden admitirte, mamá. Eres buena.

Tuviste un... un fallo, pero...

La mirada de su madre atardecía bajo los párpados: dos pupilas apagadas hundiéndose en el horizonte.

—Habrá problemas legales, Faith. Ningún hospital de los grandes me aceptará si estoy envuelta en una acusación por negligencia...

—Eso no...

A Faith se le trabaron las palabras. Una gran imagen, grande y aterradora como una pesadilla infantil repetida, se plantó en medio de su imaginación fotográfica: barrotes, jaulas, pijamas naranjas, cárcel. Pero su madre no le alivió la angustia. Una vez dicho lo que quería, empezaba a recoger el desayuno casi sin haber probado bocado.

—Id haciendo el equipaje. Podéis llevaros todo lo que queráis. Chicos, vamos a la aventura. —Y se giró hacia ellos un instante mientras llevaba platos a la cocina junto con Faith—. El pueblo se llama Ravenheart.

Lo dijo casi en tono musical. *Ra-ven-heaaaart*.

Si eso había tenido como objetivo cautivar a Henry, Faith hubo de admitir que había dado en el clavo.

—¡Uuuu! ¿Puedo decirlo a mis amigos ya? ¿Que voy a vivir en Ravenheart?



La operación en la que su madre se equivocó, haciendo que el hombre, desnudo y tendido ante ella como en un sacrificio a los dioses, abierto y ofrecido, falleciera, era de corazón.

A Faith no le gustaban los corazones.

Ni los cuervos.

### 3

Y, bueno, tampoco era tan malo cambiar de repente, la verdad.

Romper el dibujo y comenzar otro. A Faith se le daba bien eso, porque nunca se entusiasmaba mucho con nada, y cuando sí se entusiasmaba lo fotografiaba con su réflex. Una fotografía era un modo de guardar las cosas para poder empezar desde cero. Un modo de decir: mira, no lo he roto, lo tengo ahí si quiero, pero déjame probar otra cosa.

Así que a ella no le importó tanto, llegado el momento.

Su madre despotricó, hizo miles de llamadas, lloró por las noches, pero a ella tampoco le importó tanto, llegado el momento.

Fue Henry, su hermano, el pobrecito Henry.

Henry se las veía muy mal con los “llegado el momento”. Siempre le ocurría igual, y a Faith le enterneecía eso.

Ningún terror futuro podía con Henry, porque no era capaz de imaginarlos. Si estaban en el futuro, allí podían seguir estando.

Con los terrores del pasado era diferente. Más sensible, desde luego.

Pero nada, nada en este mundo podía compararse al Henry a quien, de repente, le suceden las cosas “llegado el momento”.

Tras la tortura medieval de la mudanza, que Faith y su madre vivieron entre discusiones agrias, frases inacabadas, gritos, alguna lágrima y órdenes caóticas a los hombres que transportaban los pocos enseres que su madre quería conservar (un tiempo que Henry, el Pajarito, vivió tan feliz, divertido con el ir y venir de cajas, alzando el puñito para gritar: ¡Voy a vivir en Ravenheart! ¡Soy de Ravenheart!), después del no menos frustrante episodio de atascar el Ford con lo que querían trasladar personalmente y del nostálgico (bah, pero, ¿por qué? Una foto de recuerdo y listos) adiós a la casa en la que habían vivido, Faith empezó a sentirse más o menos bien.

Y fue Henry, sentado a su lado en el asiento trasero y bien protegido con cinturones y accesorios de cualquier posible percance, como una cerámica frágil o un ordenador valiosísimo, fue Henry quien empezó a sentirse mal conforme se adentraban en las carreteras más solitarias.

Henry, que jugaba con su móvil, empezó a cansarse y mirar por la ventanilla.

Colinas verdes pero despobladas, riachuelos, el comienzo de un día fuera de la ciudad. Dios mío, ¿desde cuándo no salían de excursión?

Sin embargo, para Henry y su alma sensible aquello empezaba a ser demasiado.

—¿Y los edificios? —preguntó en un momento dado.

Henry tenía nueve años pero Faith podía jurar que aparentaba ocho, o incluso cuatro, a veces.

—Henry, cariño, estamos en el campo —dijo el reposacabezas del asiento de su madre, desde donde emergía su voz cansada (a veces Faith sorprendía sus ojos tristes en el retrovisor)—. Dale una oportunidad a la naturaleza de lucirse un poco, hijo.

Pero la relación que su pequeño hermano mantenía con la “naturaleza” no parecía contar con muchas posibilidades.

—¿No hay nadie? ¿Ni animales?

—Claro que hay animales.

—Aquí a mi lado tengo a uno: un pajarito —repuso Faith para bromear. Pero la mirada de Henry le hizo enternecerse de nuevo—. Henry, vamos por una carretera en pleno bosque. Los animales no aparecen así como así. Ya los verás.

—No quiero —respondió Henry francamente.

—¿No quieres verlos?

—No, no quiero ver ningún animal. La verdad es que echo de menos la calle donde vivimos.

—Donde...

Pero Faith calló. Para qué corregirle. Henry seguía viviendo allí, y allí se quedaría hasta que las cosas cambiaran.

Su madre tomó una curva y eso la inclinó sobre su hermano, permitiéndole pasarle una mano por el hombro.

—Estoy segura de que hay calles en Ravenheart. ¿Te has olvidado de que eres el Señor de Ravenheart?

—No puedo ser el Señor de Ravenheart si no veo Ravenheart por ninguna parte.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan impaciente? Nos queda poco, ¿verdad, mamá?

—Una hora todo lo más, según mi infalible Google Maps.

—¿Ves? Una hora. En una hora, lo verás. Y hay calles, casas, árboles...

—Es que no sé si quiero verlo. Faith resopló.

El coche pisó un bache, luego otro.

—Está todo muy solitario.

—Menos nosotros.

Eso hizo que Henry elevara una ceja hacia ella.

—Nosotros también estamos solitarios.

—No, nosotros no, Henry. Nos tenemos el uno al otro. Y tenemos a mamá.

Otro bache. La novelita que Faith leía, *Ámame desde las sombras*, de vampiros, cayó del asiento.

Un pensamiento repentino la asaltó entonces.

Por suerte mamá había decidido salir muy temprano, de noche aún. Porque era mejor, mucho mejor, salir de noche que llegar de noche.

Solo imagina todos estos baches, este campo y a Henry aquí, a tu lado, imagina todo esto de noche. *Ámame desde las sombras* parecería una historia romántica de vampiros ridículos en comparación.

Y ella tendría que proteger a Henry, como siempre. Bien era verdad que no le costaba hacerlo (tenía experiencia como presidenta, fundadora y único miembro de la Sociedad para la Protección de Henry: era lo único que había hecho casi a lo largo de los nueve años de vida de su hermano). La última ocasión, hacía solo unos meses.

Cerraba los ojos y podía verlo.

Veía a Henry salir corriendo mientras sonaba el timbre que anunciaba el fin de las clases. Su rostro era una máscara de pánico. Sus pies estaban impulsados por el miedo. Ni siquiera reparó en su presencia mientras huía hacia casa. Le había confesado lo que ocurría días atrás, pero virlo se le antojó demasiado real, demasiado hiriente.

Faith se apoyó contra las verjas metálicas y esperó. Sabía que el problema vendría y no iba a dejarlo escapar. Segundos más tarde, como había supuesto, apareció.

Floyd Cordothan. Dos años mayor que Henry, con la violencia tatuada en su mirada, y Faith pensó que la reminiscencia de maldad que se hallaba en aquellas pupilas anunciaba la clase de matón que ya era... y que sería casi seguro en un futuro. La joven se interpuso en su camino, cortándole el paso.

—¡Deja en paz a mi hermano, Floyd!

Haciendo un gesto grotesco con los labios, el chico le lanzó un sonoro esputo. Fue más que suficiente. Faith le agarró de la sudadera y lo empujó contra la verja. Con un rápido movimiento, colocó el *skate* que dormitaba bajo sus pies hasta impactarlo en el pecho de Floyd.

Este, con más sorpresa que dolor, soltó un gemido.

—Si te vuelvo a ver molestando a mi hermano, robándole el almuerzo, persiguiéndole o rozando un solo pelo de su cabeza te aseguro que mi *skate* formará parte de tu cuerpo durante toda tu vida. ¿Queda claro?

Floyd asintió, no sin antes murmurar con voz áspera:

—Que te den.

Cuando Faith lo soltó, el chico comenzó a correr en dirección contraria.

Luego lo comentó con su hermano. Quería ayudarlo, sí, pero también, y ante todo, quería enseñarlo a ayudarse a sí mismo.

Casi a cámara lenta, su cerebro —¡oh, cámara infatigable!— proyectó la escena en tonos más cálidos: esa misma tarde, en la cena.

—Henry... ¿por qué no te enfrentas a él? —Su voz sonó suave, cariñosa—. No podré protegerte siempre...

El niño se encogió de hombros mientras removía con el tenedor los espaguetis que su hermana había preparado. Faith le sirvió leche. Les aguardaba una nueva tarde solos. Su madre tenía otra reunión con sus abogados.

—Yo... —balbuceó Henry, y tomó un sorbo de su vaso—, no quiero que nadie sepa que tengo miedo. Por eso huyo.

Faith vio el bigote de leche que se había formado en el labio superior de su hermano y sonrió con dulzura. Era más pequeño de estatura que los chicos de su edad y tal vez tardase más en madurar... pero, ¿no era eso, de algún modo, maravilloso? Seguir siendo un niño para siempre... Un Peter Pan eterno...

—Huir es tener miedo también —le dijo.

Ante tan aplastante verdad Henry no dijo nada, pero sus cejas se juntaron en la frente despertando en Faith otra vez una inmensa pena.

Henry apartó la silla generando un sonido estridente.

—No quiero más.

Faith no supo si se refería a la cena o a aquella conversación.

—Eh, Pajarito... —solía llamarle así desde que tenía un año—, sentir miedo no es malo. A veces hay que luchar contra él y vencerlo.

Su hermano la miró con una mezcla de tristeza y enfado.

—Yo no puedo vencer a Cordothan —declaró.

—Cordothan no es “el miedo”, Henry. Es el miedo lo que debes vencer primero si quieres vencer a Cordothan.

—Cuando huyo lo venzo.

—No, eso no es vencerlo.

—A mamá le sirve. Quiere huir de aquí.

—No... Eso...

—Ha hecho algo malo con la barriga de un señor en el hospital, y ahora tiene miedo...

—¡Henry! Mamá no tiene miedo.

—Entonces ¿de qué huye?

La ironía (o lo que Faith percibió como tal, cosa increíble en Henry pero a veces sucedía) se le hizo tan evidente como el filo del vaso con la huella de los labios de su hermano.

—Mamá no ha huido, ni ha dejado el trabajo por miedo. Es que ya no la quieren allí. Y está buscando trabajo en otro sitio.

—¡Ojalá lo encuentre pronto! —gritó Henry yendo hacia su cuarto—. ¡Así no tendré que ver más a Cordothan!

Lo había sabido desde el principio. Sabía que Henry se convertiría en el eslabón más débil de aquel viaje surgido,

en efecto, por el mismo deseo de huir que él había tenido en el colegio. Sin embargo, ahora era su madre la que huía... con ellos como refugio portátil de sus propios miedos.

Pensó que tal vez, solo tal vez, odiaba a los adultos. Se suponía que ellos eran los encargados de hacer refulgir una seguridad, una calma, una estabilidad que de repente le parecían muy lejanas. Los educaban para entender que los adultos no cometían errores, o no se atrincheraban tras mentiras, pero el mundo se carcajeaba de esa afirmación a la menor oportunidad.

Se apartó de su hermano, alzó la cámara e hizo una foto de las montañas coronadas por nubes oscuras.

#### 4

—Oh, mirad. —El delgado brazo de su madre, su mano de dedos entrenados, quirúrgicos, hizo un gesto desde el asiento delantero—. Es la señal de desvío que me dijeron, ¡ya no queda nada, chicos!

La carretera fue estrechándose hasta semejar a una lengua escamada de asfalto. Faith se preguntó fugazmente por qué ningún otro vehículo había tomado la misma salida, pero aquel pensamiento se deshizo al ser golpeado por el impacto visual que se había producido a su alrededor.

Los campos de cereal por los que habían estado circulando a última hora (¡uh, cuántas fotos!) eran ya solo un vago recuerdo del resto del viaje. Un recuerdo amable, anodino quizás. El nuevo paisaje se había abierto ante sus ojos como el decorado de una gran obra teatral, dispuesto a hipnotizar al espectador.

—Qué pasada... —murmuró Henry, embelesado.

¡Estamos *llegando a* (dicho en tono musical) *Ra-ven-heaaaaaaart!*

Pensar eso no la tranquilizó. Un escalofrío sacudió a Faith hasta los huesos. La réflex tembló en sus manos sin que ella se diera cuenta.

Un manto de niebla lo cubría todo.

Bueno, no todo.

Todo, todo, todo, no.

Se veían formas, cosas, siluetas de señores retorcidos y quemados que debían de ser troncos negros de árboles. Y más baches. Los amigos baches, siempre fieles.

Su madre encendió los faros antiniebla y se inclinó hacia el volante.

—¿Qué te parece, Faith? Estarás tomando fotos, ¿eh? Es perfecto.

Era *idóneo*, sí. Ravenheart, un país mágico y neblinoso de árboles retorcidos... Pero a Faith le habría gustado algo menos perfecto como recibimiento. Hizo algunas fotos de aquel hálito espectral con siluetas de cientos de árboles, cercanas y lejanas a un tiempo. El espejismo siniestro de un bosque cuyos límites se desdibujaban hasta perderse en el infinito.

—¡Uhhhh... uhhhhh... uuuuh! —Imitó el ulular de un fantasma hacia su hermano, que reaccionó un poco más nervioso de como acostumbraba.

—¡Cállate!

—Chicos, haya paz atrás —murmuró su madre.

Faith se avergonzó: ¿por qué le gustaba tanto mortificar al pobre Henry con cuentecitos de fantasmas (en Halloween, por ejemplo) si el niño era tan cobardica?

¿Quizá porque deseaba que no lo fuese tanto?

¿Quizá porque, mi querida Faith, Guerrera del *Skate* Invencible, te gustaría que alguien *te protegiese también a ti?*

Mamá. Mamá me prot... ¡Uh!

Otro bache. Su madre se permitía muy escasas maldiciones pero aquel fue uno de esos momentos. De su boca salieron tantas que Henry se echó a reír, nervioso.



—Desde luego, no es la ciudad —dijo su madre, rezonando.

Faith bajó la ventanilla y respiró hondo. Olía a hojas muertas, a hierba mojada, a tierra removida. A incertidumbre.

—¿Puedes ir más despacio, mamá? —preguntó, súbitamente mareada.

—S-sí, claro, cielo.

Sujetó con fuerza la réflex e hizo varias fotografías. Tenía que admitirlo, aquel lugar era, a su manera, mágico. Lenitivo.

Una vez, recordó en ese instante, le había contado a Henry un cuento sobre una niebla maligna. Encerrados ambos en la habitación del niño.

Henry los disfrutaba, pese a todo: nada como un niño miedoso para gozar del terror ficticio, y en eso era como otros tantos niños que Faith había conocido.

—*La niebla es muy astuta... su trabajo es hacer que los niños se pierdan y no puedan regresar a casa...*

—*¿Nunca más?*

La carretera seguía su curso sinuoso con los árboles apostados a ambos lados. Gigantescos centinelas envueltos por el rumor de lo atemporal, por el velo del presentimiento más onírico.

Como si nos guiaran, pensó Faith. No, no eso...

—*Nunca más...*

Como si nos escoltaran.

Como si su único propósito fuera abrirnos paso solo a nosotros e impedir que pasara nadie más.

La sonrisa del retrovisor era más serena que la de hacía unos minutos.

—¿Es precioso, verdad? —dijo su madre.

Los tres eran conscientes de aquella sensación de irrealidad que danzaba en torno suyo.

Faith disparó la réflex de nuevo. Clic.

Puede que ellos ahora formasen parte de un cuento. Alicia cayó por un agujero para llegar al país de las maravillas; Bella tuvo que cruzar un jardín encantado para alcanzar el castillo de la bestia; Blancanieves atravesó un oscuro bosque antes de hallar la casita de los enanos; Dorothy sobrevivió a un huracán que la transportó hasta Oz... ¿Y si fueran los protagonistas de una historia todavía sin contar?

Esperemos que con final feliz, pensó.

—¿Qué es eso...?

La voz de Henry fue, a su modo, como otro bache en sus pensamientos. Rozando la carretera por su lado derecho se alzaba un pequeño muro de piedra.

Faith abrió la boca poco a poco al ver los diversos pináculos, orbes y otros símbolos arquitectónicos más extravagantes que sobresalían tras él.

—Es... Parece... un cementerio —dijo su madre.

—Pero no hay cruces, ni ángeles, ni se ven nichos, ¿cómo lo sabes? — la voz de Faith sonó en un susurro.

—Bueno, ¿qué otra cosa puede ser? —Su madre aminó la velocidad.

Casi toda la superficie del muro estaba cuajada de enredaderas y espinos, salvo una parte que parecía haber sido cuidada a propósito. En ella, alguien había escrito una frase con pintura negra:

## VAN A LLEVARME CON ELLOS

Faith procuró que la cámara enfocase con nitidez antes de capturar la imagen.

—Vándalos. —Eliza Worrington se encogió de hombros—. Existen en todas partes.

A medida que avanzaban, la niebla se hacía menos espesa y Faith se dio cuenta de que la cualidad de la luz había cambiado.

Podía ver todo a la perfección.

Los árboles, sus troncos recortados contra la opacidad blanca, sus copas esqueléticas, los arbustos y hojas secas besando sus raíces... la naturaleza se destacaba en una especie de relieve acerado, como en los sueños más nítidos.

La mala noticia: ya era de noche.

Como un asaltante emboscado en una esquina, así había caído la oscuridad sobre ellos.

Su madre detuvo el coche y apagó momentáneamente el motor en una especie de acto solemne.

—Bueno, ahora sí hemos llegado.

## 5

Y allí estaban: de pie frente al letrero que iluminaban los faros como dos círculos de oro en medio del lienzo oscuro. Ya habían llegado, en efecto. Faith pensó

Que podían cantar juntos, en una especie de coro de voces blancas.

*iRa-veeeeen-heaaaaaart...!*, en tono agudo, hacia el cielo estrellado y negro.

Pero estaba todo demasiado oscuro y hacía demasiado frío para cantar. No es que tales cosas impresionaran mucho a Faith, ni el paisaje, pero...

—¿No lo oís? —inquirió con cierta cautela.

Su madre y Henry intercambiaron una mirada de incompreensión.

—¿Oír qué? —preguntó la primera.

Faith hizo un gesto como restándole importancia, se alzó el cuello de la cazadora y expulsó el aire contenido en su pecho. Subió al coche y cerró la ventanilla.

Habría jurado que aquel eco que llegaba hasta ella se parecía a los latidos de un corazón asustado.



# SUEÑOS DE MUDANZA

## 1

Todo está en orden, se dijo Faith.

A fin de cuentas, Ravenheart era un lugar como cualquier otro, incluso más bonito que otros, y allí podían llevar a cabo su madre, su hermano y ella esa labor que, a sus quince años, ya Faith conocía tan bien, mezcla de risas, diversiones, esfuerzos, alguna decepción grande, muchas decepciones grandísimas y un montón de sueños que se llama “la vida”.

Empezó a pensarlo aquella mañana, dando un paseo por el parque cercano al sitio donde vivían. Esos olores, el terizo, los setos recortados, tan verdes y brillantes bajo la luz del sol que lucía como... ¿cómo diría el señor Tamerland? ¿“Como un gran disco dorado en el cielo azulado”?

Más o menos.

Le gustaba el señor Tamerland, decía cosas inesperadas. Le transmitía paz, le había hecho saber que estaban en el lugar “idóneo”. Que Ravenheart era el pueblo que mamá necesitaba para poder “re-ha-bi-li-tar-se”, jugó con la larga palabra. Eso era.

El parque, que el señor Tamerland le había aconsejado visitar, quedaba cruzando la calle. Cruzabas y ¡pum!. Allí estaba la entrada, y los setos flanqueándola. Al principio pensó en un laberinto y se emocionó un poco al imaginarse recorriendo unas intrincadas galerías que desembocarían en una plazuela central. Pero no era laberíntico. Fácil ir

de un extremo a otro. Lo recorrió haciendo fotos con su cámara colgada del cuello: de los colores, las luces diferentes del sol que nacía.

Se había levantado pronto, estaba tan impaciente por conocer su nueva vida durante el día que había olvidado desayunar. Su madre y Henry seguían, seguramente, envueltos en sábanas y sueños, extenuados por el largo viaje, pero a ella los nervios le podían.

Sus zapatillas de deporte apenas hacían ruido en aquel terrizo. Oía el canto de los pájaros, sentía la brisa perfumada y fresca rodeando sus piernas desnudas bajo los *shorts* tejanos. Era bonito todo.

Llegó a la salida del otro lado de la calle sin encontrar nada ni a nadie.

Bueno, había papeleras, y hasta un cubo para depositar todo lo que tu perrito dejaba atrás. Pero no vio ni perritos ni suciedades. Todo pulcro, como las casitas, como la uniformidad de colores.

No había vuelto a ver niebla alguna y podía contar con los dedos las nubes despeluchadas en el cielo azul.

En cuanto a aquel ruido que había creído percibir la noche anterior... Bu-bung.

—Truenos —había dicho mamá.

—No. —Ella había protestado—. Callad. ¿Lo oís? Es como... Se repite.

—Son truenos lejanos, Faith —sentenció su madre tras un silencio.

Ella no lo creía, y se lo habría preguntado al señor Tamerland de no ser porque se había sentido estúpida (una paleta de ciudad) preguntando algo que no sabía cómo definir. Ahora se sentía estúpida por no haberlo hecho.

Se quedó un instante allí, al final del parque, una figurita de pelo oscuro revuelto por el viento. Era curioso, porque no se oían apenas ruidos —salvo cantos de pájaros— pero

no se sentía sola. Como si Ravenheart hubiese puesto sus ojos en ella y la mirase.

A lo lejos continuaba la calle entre hileras de casas como la suya. Ravenheart dormía, lleno de placidez y armonía.

*Eso ha sonado a verso*, diría su hermano. Como los del señor Ta...

Con el rabillo del ojo percibió algo.

Una figura a su izquierda que antes no había visto. Sintió como si su cuerpo fuese una bobina de cobre por la que circulara una repentina corriente eléctrica. ¿Cómo le había pasado desapercibida?

## 2

Era una estatua. Se hallaba en el centro de un área circular rodeada de setos. Existía un secreto en el centro de aquel improvisado laberinto, después de todo. Faith pensó que podía hacerle fotos. Se introdujo en el pasillo vegetal y llegó a la mínima plazoleta. La estatua se alzaba sus buenos dos metros y era negra, como si los colores no existieran en el mundo del artista que la hizo.

Representaba a una mujer de avanzada edad dando de comer a unos pájaros.

La complicación consistía en que, perteneciendo también a la escultura, igual que la mujer, los pájaros que se acercaban volando se unían solo por pequeños puntos a la figura mayor, de manera que parecían sostenerse en el aire sin apoyo.

Faith la estuvo observando un instante y se le antojó hipnótica.

Alzó la cámara y miró por el objetivo. Sería interesante captar los detalles para el álbum que pensaba realizar sobre Ravenheart.

Clic. Hizo una foto a un pájaro ya posado.

Clic. Otra a uno en aparente equilibrio en el aire, a punto de posarse.

El rostro de la estatua era el de una mujer madura y agradable, de suave sonrisa, con el pelo recogido en un moño. Una abuelita pacífica alimentando a los pájaros del parque. Pero a Faith no le acababa de gustar del todo. Había algo en ella, en su pose elegante, en su misteriosa expresión y en sus manos, que igual parecían querer dar de comer como intentar aferrar... Faith alzó la cámara de nuevo para hacer otra foto.

Pero de repente bajó el objetivo.

El pájaro en equilibrio en el aire ya *se había posado* en el brazo de la mujer. No podía ser. Antes le había parecido que...

La mujer la miraba ahora. La dirección de sus pupilas había cambiado, su expresión también. Tenía el rostro arrugado y sombrío como una pasa, la sonrisa mostraba sus dientes y los ojos eran carbones ardiendo fijos enloquecedoramente en Faith.

—VOY A LLEVARTE CON ELLOS —dijo y se inclinó como un gran títere dirigiendo hacia ella, como paletas de grúa, sus dos manos negras...

—¡Faith, cariño...! Tuviste una pesadilla, pobre mía...

—¿Dónde estamos? ¡Mamá, mamá! ¿Dónde estoy? ¿Dónde...?

Se entregó al humillante abrazo como una niña pequeña. Luego le avergonzó recordarlo, más aún porque Henry se había asomado por la puerta de su nuevo cuarto, todavía en pijama, y parecía preocupado por su miedo. Faith se obligó a disimular para tranquilizarlo. Así eran las cosas: mamá la tranquilizaba a ella y ella, a Henry.

—Estamos en Ravenheart, nuestro nuevo hogar. —Eliza Worrington miró a los ojos de su hija sosteniendo su cara



como un marco sostendría una bella foto—. ¿No recuerdas? Llegamos anoche.

—He tenido un sueño...

—Ya lo sé —dijo su madre—. Agobiante, ¿verdad? Ya nos contarás qué fue. Se llaman “sueños de mudanza”. Están explicados científicamente. Cuando te trasladas de lugar tu inconsciente provoca esas pesadillas.

Le despejó la cara con las manos y volvió a abrazarla. Faith, que aún temblaba, miró a Henry por encima del hombro de su madre y le guiñó un ojo para tranquilizarlo.

—Yo no he tenido un “sueño de mudanza” —se quejó su hermano, envidioso.

—Porque eres pequeño —replicó Faith, ya más calmada.

—¡No soy pequeño!

Pelearon. Nada como una buena lucha entre hermanos para calmar los nervios, se dijo Faith, aunque en los rescoldos de su mente todavía palpitaba la imagen de la mujer con ojos de brasas y voz hiriente como mil cuchillos.

### 3

En el primer desayuno de su nueva vida, el extraño sueño se le hizo lejano, como una pieza de museo: aún ante sus ojos, pero ya inofensivo. Incluso se sintió capaz de contarle.

—¿Soñaste que hablabas en verso? —se rió su madre.

—No... No sé... Fue como si pensara en lo que diría ese señor... Henry intervino.

—El señor “Temerlán”.

—Tamerland —corrigió mamá—. Sin duda fue él. Es un hombre curioso, desde luego, es lógico que soñaras con él. Lo de la estatua no sé de dónde viene...

—Yo tampoco —admitió Faith, que no recordaba haber visto una escultura así jamás.

—¿Y el parque? ¿Lo viste anoche? Estaba muy oscuro.

—¿El parque?

—Hay un parque como el que describes. Enfrente.

Faith estaba segura de no haber visto un parque así al llegar. Siguió desayunando, pero luego, mientras se cepillaba los dientes en el lavabo, se asomó por el ventanuco de cristal esmerilado que daba a la calle. Frunció los labios. Allí estaba.

Con su terrizo y sus setos.

Dejó escapar el aire contenido en su pecho. No había nadie. Ni siquiera estatuas.

#### 4

La noche previa estaba todo muy oscuro y no había visto ningún parque, ni otra cosa que un pueblecito tranquilo y uniforme, luces dispersas y su nuevo hogar. Ah, y al señor Tamerland.

Al señor Tamerland claro que lo había visto. Imposible no verlo.

“Tan amable”, dijo mamá. Repitió aquella palabra no menos de cinco veces esa noche. “Tan amable, es usted tan amable, señor Tamerland, esperarnos hasta estas horas, perdone el retraso, las carreteras, es usted muy amable”.

El señor Tamerland era una amable mole inmensa. Se hallaba sentado en las escaleras del porche y a Faith le había recordado a un orangután aburrido balanceando un objeto brillante entre los dedos (las llaves). Pero se animó como un muñeco nada más ver el coche aproximarse.

Por lo demás, lo veías a la luz y ya perdías todo miedo. Era simplemente un hombre grande.

El padre de Faith, que ahora vivía con una chica californiana más joven que él, también era un hombre grande.

Pero no tan... ¿compacto? Eso pensó Faith al verlo. El señor Tamerland era “compacto”. Calvo, con un poco de pelo a los lados y en la nuca, brazos y piernas robustos, chaleco y camisa a cuadros arremangada hasta los codos, ostensible barriga, zapatos (no botas: zapatos) de puntera cuadrada (Dios mío) y unas gafitas sobre el puente de la nariz, parecía haber sido elaborado por encargo más que nacido en este mundo. Y no es que fuese muy alegre, sino que se alegraba conforme hablaba, comenzando con un simple: “Oh, ustedes son los Worrington”, hasta ir subiendo poco a poco el tono.

Su madre le confesó luego que no tenía ni idea de cómo era su apariencia ni su verdadera forma de hablar. A la hora de alquilar una vivienda en Ravenheart había utilizado los servicios de una agencia y había hablado con el señor Tamerland por teléfono. Pero, por ese medio, él se había mostrado poco comunicativo.

La noche en que lo conocieron no. ¡Entonces no había parado de decir cosas!

Aunque Faith sintió que no estaba tan alegre como parecía.

Y resultó que así era, pero la causa la supo un poco después.

—Así que te gusta el monopatín, ¿eh? —decía el señor Tamerland al verla bajar su *skate* del maletero—. Aquí tendrás muchas calles para practicarlo. Bajan, suben, bajan... Te encantará. Podéis dejar eso ahí. Ahora venid, os enseñaré las habitaciones. ¡Creo que ya sé dónde dormirás tú, Henry! ¿Te llamas Henry, no me confundo? Eso es. ¡Bienvenido a mi mundo!

“Confundo” y “mundo”: eso rimaba, pensó Faith.

—Me da apuro con usted —decía su madre—, es muy amable, pero hemos llegado tan tarde...

—¡Soy el amable comfort de una hora moribunda! — había exclamado el señor Tamerland—. No me importa no dormir, mi antigua casa me hace vivir... Tantos recuerdos tengo, siempre que vengo... ¡Es una casa encantadora, usted lo comprobará, señora!

—Habla en versos —rio Henry muy bajito (pero no tanto como para que no fuese oído por todos y su madre se sonrojara), con el tono de quien señala que el emperador, en realidad, va desnudo.

—No —dijo el señor Tamerland, inmenso, inclinándose sobre su hermano hasta el punto de crear un breve pero angustioso silencio—. No, no es así, Henry. Hablo mucho, y quiero hablar cosas bellas. Creo que Él no nos ha dado la palabra para que la usemos ofendiendo a los demás o diciendo cosas vulgares. La vida es más hermosa si usamos la palabra como Él nos la dio. Ah, cuidado con la escalera. Es resistente pero estrecha. Tú primero, campeón. ¡Mira a izquierda y a derecha, o te darás un coscorrón!

—¡Ji, ji, ji! —soltó Henry, que ya empezaba a tomar al señor Tamerland por el lado divertido.

## 5

Era verdad: la casita era preciosa. Y hasta diríase que hermosa (el verso era contagioso, pensaba Faith). Aun de noche, desde fuera, a Faith le habían encantado los marcos blancos de las ventanas, las paredes a juego, los tejados, tanto del garaje como de la vivienda, picudos y de un color que parecía ser —ioh, sí, lo era!— uva o violeta oscuro. Según el señor Tamerland, allí habían pasado muchos momentos bellos su fallecida esposa y él, pero ahora se le había hecho muy grande y por eso la alquilaba.

Él mismo vivía en una casa más pequeña al norte y seguía trabajando en su tienda de antigüedades. ¿Y qué mejor que “una familia honrada, de gente educada” (madre “cirujanada”, pensó Faith con algo de cinismo), para disfrutarla? El señor Tamerland, entonces, perdía un poco de su alegría, y aquí descubrió Faith por qué: su esposa Helen había muerto hacía apenas un año, confesó. Recordando a su amada Helen el señor Tamerland parecía gastar toda su batería y recargarla antes de continuar.

—¡Y este cuartito es... era...! ¡Aquí esperábamos la bendición de un hijo! Por desgracia nunca vino. Pero, Henry, amigo, oye lo que te digo: tú lo disfrutarás. Ya lo verás, ya lo verás.

Había un caballito de madera con patas de mecedora, había pelotas de colores como globos. Y detalles.

A Faith le fascinaban los *detalles*, mientras que a Henry le daban igual.

Un ti vivo a escala. Una pequeña escultura en escayola de un ángel con una lira.

Debajo un lema:

Nadie canta tan bien  
como el ángel Israfel

Disfrutaba con esos detalles y con los arabescos del borde de las cortinas, los colores del papel pintado, los pomos dorados de las puertas...

Tal vez pudiera fotografiar todo antes de que su madre y Henry cambiaran la decoración (su hermano seguramente añadiría su colección de Funkos de Harry Potter o colgaría ese desgastado póster de Batman que tanto le gustaba). Le apenaba que el señor Tamerland y su “amada esposa” no hubiesen podido tener hijos. Pero como el mismo señor Tamerland decía:

—Este es un mundo de dulces sinsabores, y las flores son solo... flores.

Y se echaba a reír y guiñaba un ojo a Henry, que reía con él. Faith comenzó a contar en silencio cuántos versos había pronunciado aquel buen hombre. En Baltimore no conocía a nadie tan curioso, sin duda.

Le hubiese gustado ver un retrato de la fallecida esposa del señor Tamerland. Se imaginaba muy hermosa a Helen Tamerland, quizá también algo triste. De ojos melancólicos. Hablando ambos en verso. Solos y poetas.

—Aquí podrás hacer muchas fotos —le dijo el señor Tamerland y un enorme dedo apuntó hacia su réflex—. ¡Muchas, muchísimas! ¡Tendrás un álbum entero de ellas con imágenes de Ravenheart muy bellas!

—No queremos quitarle más tiempo, señor Tamerland... —intervino su madre.

—Tamerland.

—Perdone. No queremos quitarle tiempo, mañana o pasado vendrá el camión con nuestras cosas y...

—Y ustedes están exhaustos, mi querida señora. Pasemos a los detalles prácticos.

¡Ven conmigo, Henry! ¡Tienes que ayudarme! No pongas esa cara, no debes asustarme.

—¿Qué cara estoy poniendo?

—¡La cara que estoy viendo!

Al final rió hasta Faith. El señor Tamerland y sus rimas improvisadas.

Mientras Henry disfrutaba sirviendo de ayudante —abrir y cerrar la puerta de la caldera, o la caja de fusibles (“¿no será peligroso?”, “pues claro que no, hasta un niño pequeño puede hacerlo”), o aprendía el funcionamiento de la cocina—, Faith tomaba posesión emocional del hogar.

¡Qué bonito sería por la mañana!

Ella también adornaría su dormitorio... Con sus zarcillos de luces sobre la cama, sus libros bien ordenados, la bola de nieve con una sirena en su interior (último regalo de su padre), los dos pequeños trofeos concedidos en su antiguo instituto a la mejor fotografía del curso...

Pero era verdad que ahora tenía ganas de acostarse incluso sin desvestirse, en aquella cama de casa de muñecas. Estaban probando la ducha cuando su madre bostezó. Y bastó eso para que el señor Tamerland se excusara y se marchara con rapidez, como si, ante todo, el señor Tamerland fuese el guardián de los sueños familiares.

## 6

El día era tal como Faith lo había soñado.

Y se estremeció al advertir incluso el puñado de nubes deshilachadas en el cielo.

Por lo demás, había sus diferencias: el pequeño parque era aún más pequeño que el de su sueño, los setos no eran tan altos, ni el terrizo tan uniforme.

Lo primero que hizo al vestirse —tejanos cortos, claro— fue salir y recorrerlo, cámara en mano. Una sensación de... (¿cómo llamaba su madre a eso, aquella expresión francesa de lo ya vivido, lo ya pasado?) ...la acometió nada más comenzar a caminar por él, las Reebok haciendo ñic, ñic, sobre el suelo de guijarros. Lo ya vivido.

Algo la defraudó: estaba más sucio que el de su sueño. Alguna bola de papel bajo los setos. Pero no había nada para las necesidades de los perros (que tampoco parecían tener necesidad alguna), y, desde luego, no había ninguna escultura misteriosa en ninguna plazoleta de setos.

Suspiró. Era un parque pequeño, normal, incluso vulgar. Faith lo recorrió de un extremo a otro y regresó. “Sueños de mudanza”. Podía ser.

Pero, en su caso, no estaba segura. A Faith, la máquina productora de sueños nocturnos le ofrecía a veces extrañas películas como la de la noche anterior. No siempre de terror, vamos. De hecho, no siempre relacionadas con nada malo.

El primer sueño de ese tipo que recordaba se había producido a los seis años, justo antes del día en que mamá y papá (por entonces eran mamá y papá) le habían anunciado que tendría un hermanito. Aquella noche había soñado que una luz muy hermosa aparecía en el centro del cuerpo de su madre y se extendía hasta iluminar toda la habitación y a ella misma.

Algo peor: dos años después, cuando sus padres le hablaron con seriedad “porque ya eres mayor, Faith”, anunciándole que se separaban. Ella ya lo sabía. La noche previa había soñado que papá se iba solo en un barco enorme. Ella lo llamaba, cogida de la mano de su hermanito de dos años, pero al volverse ante sus gritos, su padre revelaba que no tenía cara. Mejor dicho: que la nuca era también su rostro. Su padre la miraba con la nuca y, al volverse, mostraba la nuca. Yéndose para siempre. Incluso ahora Faith sentía unas leves náuseas al recordarlo. No con la fuerza de un sueño recién experimentado, pero sí con un extraño desasosiego que desde entonces se había adherido de forma tenaz en su subconsciente para siempre.

Mamá no había llevado demasiado bien aquella separación, que por cierto —y por lo que Faith sabía— había exigido ella misma (“porque papá se va con mujeres más jóvenes”). Fue entonces cuando su madre empezó a mostrarse descuidada en su delicado trabajo.

Una noche Faith había soñado que su madre entraba en casa con las manos goteantes de sangre. La saludaba. Sin tan siquiera inmutarse, con la consabida cotidianidad de un día cualquiera.

—Hola, Faith, ¿has desayunado ya?



Le daba un beso al Pajarito, entretenido en mirar la televisión, y solo Faith se daba cuenta de que iba empapándolo todo con un reguero terrible y rojo, brillante y pastoso como melaza. Rojo oscuro. Gotas y charcos.

—Mamá, tienes...

Se despertó angustiada.

Fue el día en que su madre había regresado del trabajo sin expresión. No había saludado apenas. Y desde luego no tenía sangre en las manos. Pero, cuando se quedaron a solas y Faith la interrogó, su madre dijo:

—Hoy... se ha muerto... uno de mis pacientes... en el quirófano. “Sueños de mudanza”, en su caso, no le parecía la expresión correcta.

No le había contado a nadie todos aquellos sueños. ¿La razón? Le daba un poco de miedo contarlos, porque eso era poner en palabras cosas que, Faith pensaba, debían permanecer mudas y quedarse en su interior.

Una tarde, en una fiesta navideña en casa, le había preguntado a una amiga de su madre, compañera de estudios pero psiquiatra, a quien Faith respetaba como a alguien conocedor de la mente y sus pasillos ocultos, sobre la posibilidad de soñar con cosas que luego van a suceder. La amiga de su madre había negado con la cabeza.

—No. Eso puede resultar intrigante en las pelis, Faith, o en las novelas, pero en la vida real no pasa. Los sueños no adivinan nada.

—Pero... ¿y si pasara? —insistió, desesperada (aunque disimulando).

La psiquiatra chasqueó la lengua, miró el cielo estrellado del jardín de su casa (esa de Baltimore que ya no era su casa).

—Bueno... ¿Qué sabemos de la realidad? Tú y yo miramos el cielo, al menos yo, y solo veo puntitos de luz. Pero mi marido, un astrónomo aficionado, te sabe nombrar con-

stelaciones, galaxias, qué sé yo. ¿Y si la realidad son puntitos y solo algunos... algunas personas, muy pocas... solo ellas pudieran darles nombre y unirlos entre sí para... formar constelaciones? No lo sabrían conscientemente, pero luego, al soñar, esos puntos dispersos serían figuras para ellos...

La comparación había gustado a Faith. Era cierto que a veces le parecía que “leía” algo oculto en las cosas. Relaciones. Puntitos de luz que formaban figuras. Aunque el cielo era también insondable, infinito y en cierto modo, inquietante. Daba vértigo solo pensar en ello.

Y no solo le ocurría en sueños. Le había sucedido, por ejemplo, cuando vio a su hermano con el rostro demudado en el colegio. Lo supo de inmediato. *Floyd Cordothan*. A Cordothan solo lo vio después, pero en aquel instante, sin ninguna duda, comprendió que Cordothan era la causa de la expresión atemorizada de Henry.

¿Figuras que nadie veía?

Y, en tal caso (se preguntó mientras regresaba tras hacer un par de fotos al parque), ¿qué significaba el sueño de esa noche? ¿Qué le estaba anunciando?

¿Qué clase de “figura” formaba aquella curiosa pesadilla? Faith se estremeció. Lo ignoraba, y no sabía si era mejor así. En la puerta de su casa esperaba su madre.

## 7

—El señor Tamerland ha sido tan amable de invitarme al Club Social de Ravenheart. Ya os contaré. Vosotros iréis a conocer a la señora Lee, la directora de vuestro colegio.

Ese era el plan y ya estaba preparado por el mundo adulto. Ni Henry ni, desde luego, Faith, manifestaban el menor entusiasmo. Preferían acompañar a su madre a esa reunión

pero Eliza lo descartó de inmediato mientras ultimaba sus pequeños detalles de apariencia ante el espejo.

—Chicos, el Club Social es para los adultos. Y además, necesito que me conozcan en el pueblo para empezar a trabajar cuanto antes en el hospital. Vosotros debéis hacer lo propio con el colegio.

—Es posible hacer las dos cosas —objetó Faith.

—Yo quiero ir contigo, mamá —gimió Henry.

—Escuchadme los dos. —Esa forma de alzar las manos era el estilo materno de decir: “Estoy convencida y no vais a hacerme cambiar de opinión”, y de nuevo Faith no se equivocaba. Los ojos de su madre brillaban bajo el maquillaje (inunca se maquillaba! *¿Maquillaje?, ¿mamá, toc, toc, estás ahí?*)—. Acabamos de aterrizar. Es un lugar nuevo, con costumbres nuevas. Un pueblo pequeño. Hay que hacer lo que nos aconsejen.

—¿Por qué? —saltó Henry—. Nunca...

—Porque eso es lo que se hace cuando llegas a una nueva sociedad. Las reglas ya están creadas, Henry, son las reglas de casa. Eres tú quien debe aprender a respetarlas.

—Pero...

—¿Recuerdas cuando Jim Dawson y Sean Molloy venían a jugar contigo, en Baltimore? ¿Y cuando tú ibas a casa de alguno de ellos? ¿Qué normas había que obedecer? El bocadillo de mantequilla de cacahuete, ¿dónde te lo daban?

—En casa de Jim, pero...

—Ajá. Eso te gustaba, sabías que ni yo ni la madre de Sean veíamos bien que te llenaras el estómago con tanta grasa, ¿verdad? Pero en casa de Jim te hartabas.

—No lo haría si me permitieras comerlos en mi casa —dijo Henry.

—Tal vez, pero mis reglas no son esas. Ahora estamos en otra casa. Lo que quiero explicarte, Henry, es que ahora debemos seguir otras reglas.

—Solo espero que en el colegio la regla sea comer bocadillos de mantequilla de cacahuete —suspiró Henry.

—Es posible, y es posible que haya otras. Deberás seguir las todas. —Entonces pareció reparar al fin en Faith—. ¿Y a ti qué te pasa?

—Que no me gusta que nos separemos el primer día —deslizó la vista hacia Henry, como si quisiera enviar un mensaje telepático a su madre. ¿No es demasiado pronto?, quería preguntar. ¿Podrías dejar que al menos Henry se habitúe antes de enviarlo directo al centro de sus miedos?, pensó

—Oh, vaya, miren a la Señorita Libertad, que siempre quiere hacer su propia vida, ¿a qué viene ese cambio?

—No me gusta. Es el primer día, mamá.

—Por eso mismo —dijo su madre y retornó al espejo—. Hay que causar buena impresión. Y solo voy a ver al señor Tamerland. Ya lo conocisteis, es un hombre encantador. Él me presentará a otros señores y señoras. Terminaré pronto.

—Mamá, ¿por qué...?

Faith dejó la pregunta en el aire con tanto desparpajo que su madre interrumpió el repaso de labios para mirarla.

—¿Por qué, qué?

Hubiese querido preguntarle: “¿Por qué te maquillas por primera vez desde hace años?”

Quizá exageraba. Quizá su madre había cuidado su aspecto alguna que otra vez desde que papá se había ido, pero no en muchas ocasiones, desde luego.

Y lo peor: ¿hacía todo eso porque el señor Tamerland le había caído *demasiado bien*? Faith rogaba que no fuera así. No eran celos, bien lo sabía Dios, sino deseos de que una persona tan valiosa como su madre encontrase un hombre igual de...

*Alguien como papá.*

No, tampoco: alguien que realmente fuese *digno* de ella. Su madre era atractiva y muy inteligente. No creía exagerar pensando eso. Si tenía que entrar otro hombre en la vida de las Worrington y el pequeño Henry (sí, así era: *LAS Worrington y el pequeño Henry*), debía ser un hombre especial. De hecho, ella también quería conocer a un “chico especial”. Cruzó los dedos en la espalda: No, mamá, que no sea el redondo, calvo y simpático señor Tamerland, el que *hablaba en poesía, y que de todo se reía*.

No, por favor.

Pero no podía decirle eso a su madre. No ahora. De modo que optó por hacer una pregunta banal y repetida, a la cual su madre apenas daba crédito.

—¿Que por qué tenéis que ir *solos* al colegio? Por favor, Faith... Con un niño pequeño en casa ya tengo suficiente.

Faith cortó por lo sano la réplica rabiosa del Pajarito, que no quería ser un niño “pequeño”. Pero siguió intranquila. Su madre la tomó de los hombros.

—Faith, cielo. Esta es mi oportunidad. Mi única oportunidad. Debo aprobar cuanto antes la asignatura de ser de Ravenheart, ¿comprendes, cariño? Aquí me han ofrecido trabajo como cirujana... Es el único sitio donde me han aceptado. Necesito que nos vean como a miembros de la comunidad, no como a sabihondos presumidos de Baltimore... Necesito... Necesito volver a ser médica, Faith... ¿Comprendes? Necesito mi trabajo.

Faith asintió despacio y se dejó abrazar por su madre (una oleada de perfume).

—¿Qué puede ser peor que pasar la mañana hablando con una directora de colegio? —preguntó Henry a su hermana cuando recorrían las calles solitarias poco después.

—No va a ser toda la mañana, Pajarito.

—No me llames así, me lo vas a decir delante de la señora Lee.

—¿Estás nervioso?

—No.

Faith sonrió: un modo infalible de que su hermano dejara de estar nervioso era preguntarle si lo estaba. El afán de Henry por demostrar que, pese a todo, era el “hombre de la casa” parecía no tener límites.

—Míralo desde el lado bueno, Paj... Henry: ¿qué puede hacerse aquí mejor que hablar con una directora de colegio?

Henry sopesó la pregunta de su hermana.

Lo cierto era que Ravenheart parecía uno de esos grandes salones en los que su madre a veces participaba en conferencias médicas. Todo destellaba, todo estaba vacío y todo, en cierta forma, se repetía. Hileras de casitas de tejados morados y fachadas blancas, tan diferentes a los rasca-cielos de Baltimore. Robles. Verjas que acababan en puntas ovaladas. Un par de restaurantes con nombres como The Bells y The Raven. Y tiendas de antigüedades. Todo muy pueblerino. Tanto, que sintió una punzada de nostalgia por su vieja gran ciudad.

De hecho, Henry señaló las tiendas diciendo siempre lo mismo:

—¡Mira, esa debe de ser la tienda del señor Tamerland!

Pero los nombres no correspondían, y cuando Faith se acercaba veía siempre a través del cristal a un señor maduro que no era el señor Tamerland.

Bien, en Ravenheart las antigüedades eran apreciadas. Pero también vieron dos heladerías con clientes esperando. Y una pastelería de sabrosas tartas en el escaparate. Era un pueblo decente, quizá monótono pero tranquilizador. Y a Henry le entusiasmaba que el nombre de las calles principales —como Main Street o Church Road— estuviesen adornados con el dibujo de un cuervo en la placa. Era como

estar en el interior de una colorida ilustración de cuento antiguo: “Corazón De Cuervo, Raven-heart”.

Cuando llegaron al colegio Faith ya creía que, en Raven-heart, iban a vivir bien. Baltimore podía esperar, y los problemas, miedos y dudas también. La gente que pasaba los miraba y sonreía. Un anciano hasta se llevó la mano al sombrero en dirección a ella. Eso la hizo reír luego, malignamente. Pero estaba animada cuando avistaron el sobrio edificio con una bandera americana en la entrada y unas escalinatas por las que desfilaban niños de uniforme negro y blanco. Se dirigían al patio, tal vez a almorzar.

El colegio se hallaba en una plaza pequeña, frente al ayuntamiento. Quizá allí tuviese lugar la reunión donde se hallaba su madre (esta no había dicho dónde era exactamente).

Sea como fuera, el corazón de Faith se detuvo. Fue solo un instante.

Luego continuó, pero no eran latidos: eran campanadas de una campana sin duda enorme y envuelta en algo que convertía el retumbar en un pesado mazo.

Enseguida reconoció aquel rítmico golpeteo. Hasta su hermano lo supo.

—¡Es lo que se oía anoche, y que mamá dijo que eran truenos!

Se trataba, sin duda, de una gran campana. Fuerte, pulsante. Era curioso, ¿por qué la habían envuelto en lo que quiera que fuese para apagar su sonido?

Y en la plazoleta...

Por un instante se estremeció toda. Como una bobina de cobre que... Pero no.

*La mujer.*

No.

*Dando de comer a.*

No, no era cierto.

No había ninguna escultura misteriosa. Solo una fuente con una columna central.

Bu-bung, Bu-bung, Bu-bung, resonaban las campanadas cuando Faith y su hermano subieron las escalinatas del colegio.

Faith seguía optimista.

No, no había esculturas. No había misterios. El sueño fue solo un “sueño de mudanza”. Y en Ravenheart serían felices, estaba segura, mamá recuperaría su trabajo, y quién sabe, quizá encontrase alguien con quien pasar la vida (que no fuese el señor T).

Las manos comenzaron a sudarle.

*Dios, esas campanadas suenan como un corazón...*